

# Revista

de

# Ciencias Económicas

---

Publicación mensual del Centro estudiantes de ciencias económicas

---

Director:

**Mario V. Ponisio**

---

Administrador:

**Eduardo S. Azaretto**

Secretario de redacción:

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - Luis Marforio - Rómulo Bogliolo  
José H. Porto - Jacobo Waisman - Juan F. Etcheverry**

---

Año V

Abril, mayo y junio de 1917

Núms. 46 - 47 - 48

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

**CHARCAS 1835**

**BUENOS AIRES**

115

## **El efecto probable de la guerra europea sobre la redistribución de la población**

---

Desde hace muchos años todos los pensadores de los Estados Unidos han considerado a la inmigración de los naturales del viejo mundo hacia el nuevo, como el más grande problema americano. Agotada virtualmente nuestra tierra pública, casi toda esa inmigración se ha radicado en nuestras ciudades manufactureras y nuestras regiones mineras. Antes de este agotamiento, el hecho más importante de nuestra vida interna, era el movimiento de nuestra población hacia el oeste. Las migraciones de los pueblos, la explotación de nuevas tierras, la adaptación a un medio nuevo y el desenvolvimiento de nuevos recursos, han sido siempre los más fundamentales y los más importantes acontecimientos de la historia humana. En consecuencia, es fácil comprender con cuanto interés, consideramos en América, el efecto probable de la gran guerra europea sobre las futuras migraciones de los pueblos.

La migración de los europeos a los Estados Unidos y la de nuestra población hacia el oeste, aunque tienen para nosotros un gran interés, no son más que episodios en el movimiento general de la población del mundo. Este movimiento, a su vez, no es más que un episodio en el eterno flujo y reflujo de las cosas materiales. "Todos los ríos corren hacia el mar", decía el predicador, y hubiera podido agregar: "así corren también las montañas, las colinas y las llanuras", desde

que la única diferencia reside en que el agua corre un poco más rápidamente que los materiales más resistentes. Más exactamente, las cumbres se usan poco a poco y los lugares bajos se llenan primero con agua y después con la llamada materia sólida.

Si así como se indican sobre un mapa del mundo las corrientes oceánicas y los vientos, se pudiesen indicar las corrientes migratorias humanas, se dibujaría el mapa más importante que jamás existió; se verían allí numerosas corrientes, cruces de corrientes, remolinos y contracorrientes y, no solamente sería difícil dibujarla, sino que habría menester ser dibujada de nuevo, después de cierto número de años. Se puede afirmar que la materia inerte se dirige desde los centros de presión más elevada hacia los puntos donde es menor la resistencia, y se podría decir lo mismo con respecto a los seres dotados de sensibilidad, pero en tal caso, las palabras presión y resistencia deberían emplearse en un sentido figurado más bien que en su sentido literal. La presión, en el caso de las migraciones humanas, es la influencia de la necesidad, del dolor, del miedo, de la monotonía o de otra desventaja. Las migraciones parten, pues, de los centros menos favorecidos hacia los que poseen más ventajas. Seguramente, estas ventajas y desventajas revisten diversas formas; la pobreza, la opresión, el peligro, la incertidumbre se han considerado siempre como desventajas, en tanto que, la fortuna, la seguridad, la variedad, la novedad, el confort, se reputan ventajas. En localidades diferentes estas ventajas y desventajas se combinan en proporciones infinitamente variables, pero el movimiento se efectúa siempre desde la más considerable desventaja neta hacia la más grande ventaja neta, de acuerdo con la estimación que realizan los individuos.

Por un principio general, el aliciente de una ventaja incita a las poblaciones agrícolas a emigrar de los centros más poblados a los centros menos poblados, si el suelo, el clima y el gobierno son comparables. Por migraciones entendemos las migraciones de las poblaciones agrícolas que siguen dedicándose a esa clase de explotación, pues el paso de las ocupaciones rurales a las urbanas, plantea un problema completamente diferente. Pero, en las regiones agrícolas cuyas condiciones de suelo y de clima no son comparables, la regla precedente no se puede aplicar. Un suelo o un clima mediocre o un mal

gobierno, pueden ahuyentar a las poblaciones, de los centros poco poblados dirigiéndolas hacia los centros muy poblados. Cualquier país que haya sufrido el contacto del inenarrable Turco es una prueba fehaciente de la eficacia de un mal gobierno como causa de despoblación. La Armenia es un país escasamente habitado y, sin embargo, su población emigra continuamente hacia regiones más pobladas. Se calcula que, en cierta época, vivía en la Siria una población diez veces más numerosa que la actual. En el siglo XVI, la Mesopotamia cultivaba una superficie igual a la totalidad de la Gran Bretaña. Hoy en día, debido a la mala administración turca, los planes de irrigación están desorganizados casi por completo y la Mesopotamia se ha convertido en una región pobremente poblada. Sin embargo, dondequiera que las condiciones físicas y políticas son comparables, no hay la menor duda de que las migraciones agrícolas se dirigen generalmente — como se ha dicho antes — de las regiones más pobladas a las menos pobladas.

Y no es necesario ir muy lejos para saber la razón. La ley de la disminución del rendimiento de la tierra, que un escritor perspicaz ha llamado el hecho primario en la historia humana, reduce el producto, por cabeza, tan pronto como la intensidad de la cultura ha alcanzado cierto límite, aunque sea posible aumentar el rendimiento por hectárea. Cuando se ha llegado a ese límite, la disminución del producto por cabeza determina, en las regiones de población densa, que sea desventajoso para la creciente población agrícola permanecer en el país, y ventajoso ir hacia donde hay más tierras, y, en consecuencia, donde el producto por cabeza puede ser más considerable.

Cualesquiera que sean las razones, y ellas no son muy difíciles, el hecho observado es que los agricultores emigran siempre en la dirección indicada; son de este orden las migraciones de Europa a América, anteriores a este siglo, las de los estados del este hacia los del oeste y las que actualmente van del oeste hacia el Canadá.

El exceso de nuestros agricultores que se dirige hacia el noroeste canadiense, lo hace movido por las mismas razones que obligan a los agricultores europeos, a dirigirse a otros países en lugar de dirigirse a los Estados Unidos. Los americanos se olvidan, a veces, que la inmigración en este país no

es más que una parte del movimiento general de la población, y se imaginan que la emigración europea ha cambiado porque recibimos una clase diferente de inmigrantes. La emigración europea no ha cambiado materialmente; los agricultores continúan abandonando la Europa, en busca de ocasiones agrícolas, pero no van a los Estados Unidos, por la sencilla razón de que las ventajas ofrecidas por nuestro país no son iguales a las que ofrecen el Canadá, Argentina, Brasil, África y Australia.

Si consideramos la migración de las poblaciones urbanas (comprendiendo a los individuos que han tenido o que esperan encontrar ocupaciones urbanas) encontramos un principio que difiere muy poco del anterior. En este caso, el movimiento no se efectúa primariamente, de los centros muy poblados a otros menos poblados; generalmente sucede lo contrario. La razón está en que el factor limitador del desarrollo industrial, no es la tierra, sino el mercado. Si los mercados lo permitiesen, no se podría fijar límite — aparte de la falta de terreno para edificar — a la expansión de las industrias urbanas. Las grandes ciudades están en mejores condiciones para ensanchar el mercado que las pequeñas ciudades, villas o aldeas. En el hecho, puede decirse que extienden sus mercados en detrimento de los centros más pequeños. Por eso, las grandes ciudades crecen mucho más rápidamente que las pequeñas, demostrándose así que las principales corrientes de migración humana se dirigen hacia las grandes aglomeraciones. Evidentemente, en un distrito urbano determinado puede existir un movimiento efectivo desde el centro hacia los alrededores, es decir, que lleve la migración rural de las regiones de población densa hacia las que están escasamente pobladas. Y la razón es la misma. La tierra es rara en el centro y más abundante en los alrededores. Pero, para el país tomado en conjunto, jamás la falta de tierra limita o restringe el desarrollo de las industrias urbanas.

Desde que la tierra es un factor limitador en agricultura, sucede invariablemente que, al crecimiento rápido de una población corresponde una disgregación rápida o bien un cambio en el nivel de vida. Desparramada esta población en territorios más extensos, tarde o temprano, corre el peligro de encontrarse en oposición con otras razas igualmente exuberantes. Por eso, generalmente, las guerras entre poblaciones

agrícolas han sido el resultado de conflictos relativos a los territorios. Pero los mercados son tan esenciales para una población urbana en tren de expansión como la tierra lo es para la población rural que tiende a adquirir mayor campo de acción, y de ahí que las guerras entre razas industriales hayan sido motivadas por la busca de los mercados más extensos.

La migración de la población rural hacia las ciudades y viceversa, sigue la misma ley de la ventaja. La época actual de maquinismo ha permitido a algunas naciones, (especialmente a Inglaterra que se ha colocado a la cabeza del mundo) prosperar de una manera extraordinaria, fabricando para el resto del mundo, mediante la importación de materias primas y la exportación de productos manufacturados. Esto explica el enorme crecimiento de las poblaciones urbanas y la urbanización de los países más adelantados en las artes mecánicas. Ahora bien, cuando una nación de este género pierde su hegemonía en el maquinismo, es decir, cuando las demás naciones, o una parte de ellas, alcanzan el mismo grado de habilidad mecánica, se sigue necesariamente un nuevo movimiento de la población de las ciudades hacia los campos.

¿Qué enseñanzas se deducen de estos principios generales, en lo que se refiere al movimiento probable de la población del mundo, a la terminación de la guerra europea? Es necesario confesar que no arrojan ninguna, desde que todo depende del resultado de la guerra, y este resultado es, a lo menos por ahora, más bien del dominio del crítico militar que del economista. Cualquiera que sea el efecto, la influencia será profunda, cosa ya segura. Todo gran cataclismo ha cambiado la dirección de las corrientes migratorias. La dificultad estriba en que, si la guerra termina de esta manera, la influencia se hará sentir en esta dirección en tanto que, si termina de otra, la influencia se notará en otra dirección.

El factor más importante en este problema es, quizá, el turco. Si se supiese lo que va a resultar se podrían arriesgar grandes predicciones. Desde las conquistas de Alejandro el Grande, el factor más importante en los movimientos de la población del globo, ha sido la entrada del turco en la arena occidental. Es él quien, por sobre todas las demás causas, ha desplazado la masa de la población europea del sud hacia el norte; es él, más bien que cualquier otro factor, quien ha impulsado a las corrientes migratorias hacia el oeste, a través del

Atlántico. Sin él jamás el obispo Berkeley hubiera escrito que *la estrella del imperio emprende su camino hacia el oeste*. Si el turco desapareciese, sería muy probable que, de aquí a un siglo, los editores reemplazasen en la cita de Berkeley la palabra *oeste* por el vocablo *este*, poniéndola de acuerdo con la situación. El Asia menor, la Siria, la Mesopotamia, asiento de antiguos imperios, actualmente poco poblados, con grandes riquezas aun no explotadas y que sólo esperan un gobierno decente, invitan a las corrientes migratorias, semejantes a las que se dirigen hoy en día hacia el oeste. Tal resultado debe ser esperado por América pero, para obtenerlo, precisa borrar el último vestigio de la dominación turca. Una victoria de los aliados turco teutones debería dejar al turco, por lo menos una parodia de poder asegurándose así, en el porvenir, como lo ha hecho en el pasado, la conservación efectiva de su situación, mediante su estupenda falsedad diplomática.

Si suponemos que el turco quedara donde está, para pesadilla de algunas de las más dulces regiones de la tierra, empobreciendo, arruinando y profanando todo lo que toca ¿cuáles son algunos de los cambios que pueden producirse en las corrientes migratorias? El peso de la riqueza y de la población quedaría seguramente en el norte de Europa, aunque pudiendo pasar de Londres a Berlín. Si venciesen las fuerzas turco-teutonas y si los alemanes realizasen lo que se propusieron desde el principio, es decir, el establecimiento de su dominación desde el mar del Norte hasta el golfo Pérsico, controlando todo el hierro y toda la hulla del continente, y la posesión de las tierras inglesas de Gibraltar y del canal de Suez, a pesar de que no reportaría mayores ventajas a Inglaterra la conservación, hartamente dudosa, de la última, pues sus flotas no podrían tocar las líneas de comunicación de Alemania con el Oriente; ganaría, entonces, Berlín, lo que por mucho tiempo ha conservado Londres, esto es, el contralor del comercio con el extremo Oriente. Londres conservaría la ventaja en el tráfico con el hemisferio occidental, y esto probablemente le permitiría conservar cierta ventaja sobre Berlín, a pesar de la pérdida del comercio oriental.

De todas maneras, cualquier disminución considerable del comercio y de los mercados ingleses reduciría también considerablemente las manufacturas de Inglaterra desde que ellas están limitadas por sus mercados; esto determinaría el despla-

zamiento de una gran parte de la población manufacturera inglesa y, no pudiendo la agricultura absorberla en vasta escala, por falta de espacio, una migración se impondría. Una parte de los emigrantes se dirigiría ciertamente a los Estados Unidos, pero la mayoría se encaminaría hacia las colonias inglesas. Los obreros ingleses, si tienen la inteligencia de comprenderlo o si no son inducidos en error por demagogos sin vergüenza, deberían saber que, en esta guerra, son ellos los que corren más riesgo que cualquier otro elemento de la población inglesa.

Además, si los aliados turco-teutones triunfasen, habría en los territorios arrancados a Bélgica y a Francia, muchos habitantes ilustrados y altivos, para quienes la ley turco-teutona o teutona pura, sería de tal manera intolerable que rehusarían vivir bajo su férula, emigrando a los Estados Unidos, como muchos alsacianos ilustrados y altivos, lo han hecho en el pasado.

Si la guerra terminase con una partida nula, o lo que es lo mismo, si ninguna de las dos partes obtuviese una victoria decisiva, la paz no sería, evidentemente, más que un descanso para cobrar aliento, hasta el momento en que los beligerantes nuevamente fortalecidos pudiesen volver a empezar la lucha. América recibiría cierta cantidad de individuos que tratarían de franquear las barreras para evitar el servicio militar. Este será un probable resultado de la guerra, cualquiera que sea la forma en que ésta se termine. Todo hombre en edad militar, que lleve sobre su espalda la ancha banda amarilla, tratará de ir hacia algún país donde el peligro del servicio militar obligatorio no sea muy grande.

Si los turcos-teutones son vencidos y definitivamente deshechos, los Estados Unidos experimentarán quizás una adición a su población de guión (germano-americana). Desde hace años está comprobado que Alemania debe exportar hombres o productos. Su exportación de productos exigía una expansión comercial y mercados extranjeros. Ahora bien, una derrota decisiva contrariaría la expansión de sus mercados, en parte por la pérdida de sus colonias y en parte por el odio que despertaría todas las cosas alemanas y, también, porque se vería privada de la tan deseada "libertad" de contralorear los mares en su propio interés. Sería necesario entonces, que su exceso de población buscara trabajo y oportunidades en

otra parte. Si desapareciese el turco, muchos alemanes excedentes podrían dirigirse al Asia Menor, a la Siria, a la Mesopotamia, para gozar allí de los beneficios de la ley británica o de cualquier otra ley civilizada o, si esto no fuera posible, deberían encaminarse hacia el hemisferio occidental, y los Estados Unidos recibirían, sin duda, alguna parte.

Pero es mucho más importante, para los Estados Unidos, conocer cuáles son las clases económicas que han de suministrarlos inmigrantes. La inmigración puede ser un medio de acrecentar las empresas, de reducir los provechos, de aumentar la demanda del trabajo, de elevar los salarios y de disminuir la pobreza. Puede ser también un medio de aumentar los provechos, de abultar las fortunas, de obstruir el mercado del trabajo, de rebajar los salarios y de aumentar la pobreza. La inmigración de los americanos a las Filipinas, ha arrojado la primera serie de resultados; la inmigración de los europeos a los Estados Unidos, durante las últimas décadas ha producido, en cambio, la segunda serie de consecuencias. La razón está en que, en las Filipinas los inmigrantes americanos pertenecían más bien a la categoría de personas con oficio y no a la de obreros sin especialidad, en tanto que lo contrario sucedió con la inmigración europea a los Estados Unidos. Esto significa que los americanos emigrados a las Filipinas, han establecido empresas, en concurrencia con otros hombres de negocios y profesionales, creando, de esta manera, oportunidades y ocupaciones para los trabajadores indígenas. Por el contrario los inmigrantes llegados a América han buscado los trabajos creados para ellos por los industriales y hombres de negocios, de donde resultó una competencia a nuestros trabajadores indígenas y una creación de oportunidades y provechos para nuestros hombres de negocios. Lo mejor que nos podría acontecer, sería un cambio que nos trajese hombres de la clase de empresarios, que entrarían en competencia con nuestros empresarios actuales para procurarse obreros y que, en muchos casos, les quitarían sus negocios reduciendo así los provechos de una manera general, y también algunas elevadas rentas, a menudo mal denominadas salarios. Si, al mismo tiempo que se enriquece la categoría de los empresarios, hubiese una disminución notable en la inmigración del trabajo, y sobre todo del trabajo no especializado, ese cambio de la población aumentaría considerablemente la concurrencia entre

empresarios y disminuiría la concurrencia entre empleados. Esto haría más, en el sentido de igualar las fortunas y suprimir la pobreza, que todos los programas llamados progresivos combinados.

Desgraciadamente la guerra arrojará más bien un resultado contrario para los Estados Unidos. La muerte parece haber segado más entre los inteligentes y activos, los jefes naturales, que entre aquellos sólo sirven para ser dirigidos; los jefes, es decir, los hombres de talento constructivo serán probablemente más raros que los hombres a quienes es necesario indicar el trabajo que han de efectuar. Por otra parte, Europa necesitará todos los hombres de tipo constructivo que puedan serle ofrecidos, para reconstruir lo que ha sido destruido por la guerra. Además, los hombres dotados del "pioneering spirit", los hombres de empresa, si abandonan por completo a Europa, se dirigirán más gustosos hacia aquellos países donde es posible desarrollar el trabajo de "pioneer"; los Estados Unidos han dejado de pertenecer a este género de países.

En consecuencia, la conclusión más prudente es que la calidad de la inmigración que llegue a los Estados Unidos, después de la guerra, tendrá más probabilidades de desmejorar que de mejorar. En primer lugar, recibiremos, sin duda, muchos individuos cuyo pensamiento más importante será el de eludir el servicio militar. Esta clase de gentes y sus secueces son una fuente de debilidad. En segundo lugar, la contracción de los mercados de las naciones vencidas determinará una redistribución de las poblaciones urbanas exuberantes; los que poseen capital podrán colocarlo en países nuevos y continuarán viviendo en su patria y los que no tienen capital deberán desplazarse. Si vienen a nuestra tierra, estorbarán más bien las filas del trabajo que las del capital y harán más duras las condiciones de los trabajadores y más fáciles las de los capitalistas. En todo caso se establecerán en nuestras ciudades antes que en nuestros campos y tendrán que dirigirse hacia otra parte si quieren granjas. Algunas personas de espíritu elevado vendrán a nosotros para no sufrir la vergüenza de vivir bajo el mando de un conquistador odioso; pero esto depende de la manera como termine la guerra.

*Cambridge (Mass., U. S. A.), Harvard University.*

T. N. CARVER.

(de *Scientia*-Milano).